

Solange Hibbs

Rosario de Acuña. *La vida en escritura*. Elena Hernández Sandoica

Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, CI-1, 2025, 399-407

<https://doi.org/10.55422/bbmp.1021>

Rosario de Acuña. *La vida en escritura*. Elena Hernández Sandoica. Madrid. Abada Editores. 2022.

Solange HIBBS

Université de Toulouse Jean Jaurès

ORCID: 0000-0003-4633-4826

En el año 2023 se celebró el centenario de la muerte de Rosario de Acuña (1850-1923), autora librepensadora de excepcional importancia en el panorama literario y político de la España del siglo XIX. El largo y costoso proceso de recuperación de su memoria y de su obra iniciado a finales de los años 60, culminó con la ingente labor de recuperación documental de las *Obras Reunidas* (2007-2009) del añorado autor y poeta Xosé Bolado García en la editorial KRK. Este esfuerzo por dar a conocer la pletórica e intensa producción de Rosario de Acuña en la que coexisten la poesía, el teatro, el ensayo y el teatro ha creado un fructífero ambiente de investigación y reflexión con la publicación de un creciente número de aportaciones y estudios entre los que quisiéramos destacar la magnífica y ambiciosa biografía de Elena Hernández Sandoica de casi 914 páginas, *Rosario de Acuña. La vida en la escritura*, publicada por Abada Editores en 2022.

Elena Hernández Sandoica, catedrática de la Universidad Complutense y destacada historiadora, lleva años prestando especial atención a las mujeres en la historia de los siglos XIX y XX. Su biografía es el resultado de una rigurosa profundización de la obra de Acuña y de una labor colectiva en la que ha recogido las aportaciones de otras investigadoras deseosas de contribuir al conocimiento de una autora, figura clave para el librepensamiento y del pensamiento feminista. Merecen citarse el volumen editado y dirigido por Elena Hernández Sandoica, *Rosario de Acuña, Hipatia (1850-1923): Emoción y razón* publicado en 2019, que recoge siete aportaciones de otras especialistas de Acuña así como el volumen *Política y escritura de las mujeres* (2012) Abada Editores, esclarecedora exploración de la historia de «mujeres que acotan sus espacios de subjetividad propios, en una asignación particularizada de identidad» (Hernández Sandoica, 2012 : 248). Elena Hernández Sandoica ofrece un primer acercamiento biográfico a Acuña y el extenso capítulo, «Rosario de Acuña, la escritura y la vida» es el núcleo de la trayectoria biográfica desarrollada posteriormente en la monumental biografía de 2022. Precisamente porque la voz de las mujeres, su acción y su experiencia ocupan actualmente un lugar central no podemos menos que agradecer a Elena Hernández Sandoica por haber registrado y captado los múltiples registros del pensamiento y de la obra de una mujer que quiso afirmar su identidad como sujeto autónomo y en cuya existencia se hicieron inseparables el yo individual y la voz pública.

Porque como escritora heterodoxa y desde posturas radicales, Rosario de Acuña nunca dejó de alzar su voz mediante la escritura y en sus apariciones en el espacio público. Pensar en libertad suponía la afirmación de una identidad plenamente asumida como mujer y como sujeto, apoyada en el poder de convicción de su palabra con un discurso ardorosamente racionalista, y una narrativa llena de emotividad en la que transparecían sus vivencias, dudas y convicciones. Rosario de Acuña, como otras contemporáneas suyas, hizo del lenguaje y de la narración de su propia experiencia una construcción consciente, un ejercicio de «subjetividad afirmativa» por retomar las palabras de Elena Hernández Sandoica. Desde la década de 1880, ya entregada al librepensamiento, su ideario ético y progresista, su denuncia de los

males morales de España marcan sus escritos. Abandonó por voluntad propia la élite social a la que pertenecía situándose, después de un doloroso y complejo proceso de introspección y de reflexión, en el espacio en el que convergían amplios sectores del republicanismo. Republicanismo y librepensamiento fueron aspiraciones indisociables para Acuña que asumió plenamente su identidad de mujer progresista y autónoma tanto en su vida privada como en el espacio público. Sin atributos de partido concreto y con el reconocimiento de «sí misma como mujer situada en los márgenes de la esfera política», se enfrentó a los poderes dominantes de su época mediante arriesgadas apariciones públicas y una producción escrita de múltiples registros en los que destacan su fervorosa defensa de la tolerancia religiosa y la construcción de una nación moderna que impulsara los principios de libertad, igualdad, fraternidad y justicia. Su adhesión en 1884 al periódico librepensador y filomasónico, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, le brindó un espacio privilegiado para su intensa producción periodística y ensayística. Pionera de la conciencia feminista, su firme defensa de la libertad inalienable de la mujer la acercó a las redes asociativas de la intelectualidad femenina de su época. Con activo militarismo en las filas de los librepensadores participó a otras corrientes del pensamiento heterodoxo como la masonería. Su ingreso en la logia masónica *Constante Alona* de Alicante en 1886 con el simbólico nombre de *Hipatia*, fue otro paso decisivo en su lucha contra el poder ideológico de la Iglesia, por la libertad de conciencia y por un modelo de sociedad más justa e igualitaria.

El compromiso social y humanista de Acuña, su afán didáctico la llevaron a recorrer incansablemente tierras españolas. Si la contemplación de la naturaleza constituía una fuente de regeneración y de sabiduría, las minuciosas excursiones se convirtieron en una exploración antropológica y alimentaron sus reflexiones epidemiológicas y ecologistas *avant l'heure*. Sus aportaciones pioneras en materia de salud privada y pública y a favor de una regeneración en consonancia con las leyes de la naturaleza, enlazaban con sus constantes lecturas y su contacto con las corrientes científicas progresistas de su época. También revelan su aguda percepción del sufrimiento físico y del dolor, sus preocupaciones metafísicas sobre la caducidad de la vida que

enlazaban con la propia experiencia de la enfermedad. Figura pública «maldita» por su condición de masona y heterodoxa, hubo de pagar un alto precio por sostener sus ideales de progreso sufriendo incluso la desventura del destierro.

En definitiva una mujer de personalidad múltiple y sensible, librepensadora con voluntad de trascendencia y regeneracionista por su tenaz denuncia de los males de la sociedad española y que se comprometió con valentía en la difícil batalla por la modernidad librada en España por las fuerzas progresistas.

En esta apasionante biografía, Elena Hernández Sandoica nos propone un recorrido por la vida y la obra compleja y variada de una figura excepcional que hizo de la escritura su razón de ser y de vivir como lo refleja el mismo título del volumen, *Rosario de Acuña : la vida en escritura*. La biografía consta de dos partes, la primera titulada «Pensamiento, poesía y luz» la más larga que arranca del año 1870 hasta 1888 y una segunda parte, «República, justicia e igualdad» que cubre el periodo desde 1888 hasta 1923, año de su muerte. En ambas partes, distintos epígrafes marcan los diferentes y perceptibles nudos de experiencia insertos en una unidad existencial. Uno de los grandes méritos de esta biografía ha sido apoyarse en las «propias palabras «de Rosario de Acuña, en sus textos y siguiendo el ritmo de su publicación «ordenada en el tiempo». Es una biografía que, respondiendo al reto que se había fijado su autora que pretendía dar amplio espacio a las propias palabras de Acuña tan propensas al juego autobiográfico, transcurre como un diálogo. Gracias al fructífero y abundante caudal de estas huellas impresas, Elena Hernández Sandoica ha dejado un amplio espacio a la voz y al pensamiento de Acuña teniendo en cuenta la evolución progresiva de una conciencia y de su propia experiencia de construcción personal.

El inicio de este largo recorrido desde 1870 hasta 1888 se abre con la primera etapa de la presencia literaria de Acuña y de su dedicación poética. Porque Rosario de Acuña quiso ser poeta ante todo y, desde los primeros años de su juventud, transparecen en sus textos de estilo romántico tardío, conflictos emocionales y preocupaciones existenciales como la muerte y la dolencia que la acompañarán a lo largo de su vida. Un sentir hondo alimentado por su brega para superar una grave dolencia ocular que padeció en los

primeros años de su vida. La vivencia propia de la enfermedad y su temor de la muerte la llevan en aquellos años a acercarse a la cuestión, obsesiva para ella, de la inmortalidad del alma.

Esta vocación poética precoz benefició de un entorno familiar y social privilegiado. Sandoica recuerda oportunamente el entramado familiar de la escritora, «eficaz instrumento de promoción social» que facilitó la publicación de sus primeros textos. Las conexiones familiares con personalidades bien situadas en las esferas del poder durante el Sexenio y los primeros años de la Restauración agilizaron la publicación y difusión de sus primeras producciones líricas y dramáticas. La biografía arranca precisamente en 1870, fecha del primer poema conocido, aunque publicado solo 12 años después en un libro titulado *La siesta*. Si muchas de sus poesías fueron editadas en fechas posteriores a su creación, Rosario de Acuña disfrutó, a partir de 1874, de un espacio privilegiado en la prensa para dar a conocer su incipiente obra : el influyente diario madrileño *El Imparcial*, *La Ilustración Española y Americana* y *La Luz del Porvenir*. Alentada por el éxito de su obra teatral *Rienzi el tribuno* en 1875 y su consagración como escritora, aparece en 1876 una de las primeras compilaciones de su obra poética en forma de libro, *Ecos del alma*. En su producción literaria se elaboran los primeros cuentos de indole filosófica en los que está en germen la gran plasticidad de la escritura de Acuña. Son años de una construcción personal que conoce un giro significativo mediado el decenio de 188 : años en los que se iba produciendo la evolución ideológica e intelectual de Acuña desde la integración inicial en el gusto literario y las ideas del selecto medio social al que pertenecía hasta posiciones cada vez mas progresistas y librepensadoras. En la década de 1880 varios acontecimientos tuvieron un alcance fundamental : la muerte del padre, Felipe de Acuña, mentor y protector que había consolidado en Rosario una formación autodidáctica y la separación matrimonial con Rafael de la Iglesia en 1883. Ambos sucesos sumieron a Acuña en una profunda crisis que Elena Hernández Sandoica ha analizado con maestría poniendo de relieve la estructura emocional muy sensible y las preocupaciones existenciales profundas de la joven poeta y autora. La transformación interior y la quiebra de sus creencias religiosas favorecen su posterior inserción en el complejo universo del pensamiento y de la acción

librepensadores, republicanos y masónicos donde Acuña expone con expansiva e incandescente retórica su compromiso a favor de los derechos de la mujer, la justicia social, la fraternidad y la solidaridad humanas. Son años en los que, mediante una continua colaboración con el semanario librepensador *Las Dominicales del Libre Pensamiento* al que había adherido públicamente en 1884, expresa su voluntad de trascendencia y regeneración denunciando los males de la sociedad española. La prolífica producción ensayística de aquel periodo, en la que se apoya Elena Hernández, publicada en *Las Dominicales* y otras revistas de índole progresista o espiritista, refleja la incisiva mirada de una humanista y militante preocupada por formular alternativas a favor de la educación y de la incorporación de la mujer en la vida activa, de una conciencia medioambiental regeneradora que propiciara la adecuación de las formas de producción agraria con la naturaleza (pequeñas industrias rurales, incorporación de la mujer en la vida agrícola). Es de notar, como lo subraya la autora de la biografía, que si expresa en textos como *Tiempo perdido* (1881) por primera vez su visión de la naturaleza femenina y de la educación, su reflexión a favor de la complementariedad de los sexos y de la igualdad intelectual de la mujer sufre evidentes limitaciones emancipistas ; una postura que irá evolucionando con el tiempo, en un contexto de creciente movilización feminista con posiciones cada vez más combativas y a favor de una feminidad activa que aspira a alterar las estructuras de desigualdad socioeconómica.

También son años en los que, al hilo de sus viajes y exploraciones de los paisajes de Cantabria, Asturias y Galicia, a caballo y a pie, acompañada por un criado, y más adelante por Carlos Lamo al que le unía una profunda relación afectiva y de complicidad intelectual, se expresa la busca de una armónica síntesis de resonancias místicas entre naturaleza y espíritu. Su mirada crítica acerca de la miseria aterradora de los pueblos y del entorno rural conlleva una reflexión sociológica e incluso antropológica vertida en muchos de sus artículos. A estas alturas Rosario de Acuña ya es una voz conocida y reconocida por los sectores progresistas y republicanos : una voz que se había dado a escuchar en el madrileño Ateneo donde había sido, en 1884, la primera mujer en leer su producción propia. Había dado un paso decisivo y quedaba inscrita

en las filas de la izquierda republicana y anticlerical. Su incorporación en esta «nueva familia» que sustituía a la otra, la acercó a los masones: en 1886 ingresó en la muy activa logia alicantina *Constante Alona*. A finales de la década de los años ochenta, su constante colaboración en la prensa demócrata y librepensadora, la creación de redes de sociabilidad progresista y transgresora, y la elaboración de un lenguaje político asumido con plena libertad provocaron el ensañamiento y la persecución incluso física de los círculos católicos y reaccionarios.

En la segunda parte de esta biografía que cubre un periodo más largo (1888-1893), Elena Hernández Sandoica ha prestado particular atención a la durísima marginación social que sufrió Acuña, a las dificultades económicas que la obligaron a mudar varias veces de residencia pasando de Pinto donde vivía desde 1882 a Cantabria, en el pueblo de Cueto en 1890 donde se dedicó a la práctica profesional de la avicultura y por fin en 1910 a Asturias, en su casa aislada del Cervigón. Un ostracismo que la obligó a exiliarse dos años, entre 1911 y 1913, a raíz de un artículo, «La jarca de la Universidad» publicado después de la agresión «machista» de la que habían sido objeto un grupo de estudiantes extranjeras. Con furiosa indignación, Acuña denunciaba el machismo secular y la pétrea moral social imperante. Cuando la orden judicial de detención llegó a Gijón, Rosario de Acuña ya se había refugiado en Portugal.

Esta segunda etapa permite comprender cómo se iba recomponiendo permanentemente la identidad de Acuña desde la elección ideológica crucial que, en 1884, había reorientado su presencia en el espacio público. Apoyada en el poder de su palabra y de una retórica incandescente se comprometió sin cejar hasta el final de su vida en sus campañas sistemáticas y cada vez más radicales contra la Iglesia, los poderes establecidos, «las roñas» de la sociedad conservadora de la Restauración. Entre los distintos hitos que marcan la última etapa de su vida e ilustran su irrenunciable compromiso con el librepensamiento, la biografía hace especial mención de la génesis y del estreno en 1891 de la obra teatral *El Padre Juan* enfocada por Acuña «como un revulsivo contra el jesuitismo» (Hernández Sandoica, 2023 :534). Este alegato contra la casta eclesiástica desencadenó la ira de los sectores católicos y conservadores y la obra, calificada de escándalo, fue suspendida por

las autoridades gubernativas. En su denuncia contra el fanatismo clerical aflora el supremo objetivo de Acuña que es librarse como sujeto de toda tiranía y estorbo a la razón individual. Una aspiración férreamente reclamada para todo ser humano y, con especial fervor para las mujeres y que había reafirmado en su Testamento ológrafo fechado en 1907.

La biografía revela la coherencia y la firmeza del pensamiento de Rosario de Acuña que, en su madurez y más tarde en la vejez, argumenta lo que entiende por emancipación de la mujer. Las mujeres en su totalidad deben aspirar al libre y propio pensamiento como lo reclama con vibrante retórica en 1888 en el manifiesto que junto con Amalia Domingo y otras mujeres dirige «A las mujeres del siglo XIX», y en otras ocasiones, cuidadosamente documentadas por Elena Hernández Sandoica. No cabe duda de que la radicalización de Acuña en aquellos años implica más firmeza en cuanto a su convicción feminista. Varias actuaciones públicas como las conferencias impartidas en 1888 en el Fomento de las Artes sobre «Los convencionalismos» y las «Consecuencias de la degradación femenina», la del Centro Obrero de Gijón sobre «La higiene en la familia obrera» así como la fértil producción del año 1902 con la publicación de «Conversaciones femeninas» son algunos de las etapas más relevantes de un feminismo más contundente y comprometido. Un compromiso llevado por el acercamiento de Acuña a los trabajadores «cuya principal labor [...] es hacerse superiores en todo a la clase burguesa» (Hernández Sandoica, 2023 : 822). Ha dejado constancia Elena Hernández Sandoica de cómo, comenzado el siglo XX, iría acercándose a los partidos de izquierda y de sus simpatías socialistas que la acercaban al proletariado. Su participación en las manifestaciones del Primero de mayo adquirió incluso un carácter mesiánico ya que Acuña estaba convencida de que la revolución vendría desde abajo.

En esta última etapa de su vida, y especialmente a partir del año 1910 cuando se instala en Gijón, masonería y asociacionismo obrero son las dos plataformas sociopolíticas con las que cuenta Rosario de Acuña para seguir actuando políticamente y recurrir a la herramienta potente que para ella era la palabra. Había encontrado un espacio ideológico para sus deseos de justicia, libertad y fraternidad. En lo que le quedaba de camino en su batalla contra la

ignorancia y el fanatismo mantuvo «siempre encendida la antorcha de la protesta» (Hernández Sandoica, 2023, 898). No cejó en su actividad política prácticamente hasta el final de su vida y varias actuaciones suyas tuvieron especial resonancia como su intervención contra la masacre de los soldados en Marruecos (1922) pidiendo la solidaridad de sus hermanos masones en Asturias.

Transcurrieron los últimos años de su vida, hasta su fallecimiento el 5 de mayo de 1923, en su casa del Cervigón acompañada por Carlos Lamo que fue durante largos años compañero de vida.

Al adentrarnos en la complejidad vivencial de Rosario de Acuña, y mediante la escrupulosa exploración de la obra y del pensamiento de una mujer apasionada y apasionante, la singular biografía de E. Hernández Sandoica constituye una aportación fundamental para el reconocimiento de una figura clave de la historia del republicanismo, del librepensamiento y para la historia de las mujeres.